

INTELECTUALES Y POLÍTICA  
EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

# Despertar a la nación dormida: intelectuales catalanes como artífices de la identidad nacional

SANTOS JULIÀ

«**S**ENYORS: Vinc a parlar-vos de la Pàtria Catalana que, petita o gran, és l'única pàtria nostra», dijo aquel joven, veinte años recién cumplidos, nuevo presidente del Centre Escolar Catalaniste de Barcelona, en la sesión inaugural del curso 1890-1891, consciente de que sus palabras quedarían para la historia como jalón de un momento fundacional. Se llamaba Enric Prat de la Riba, había estudiado Derecho y sucedía en la presidencia del Centre Escolar a otro joven universitario, arquitecto, Josep Puig i Cadafalch, que el curso anterior había pronunciado una conferencia sobre el nacimiento del románico catalán como resultado de los esporios de elementos constructivos aportados por Roma y Bizancio, espiritualizados por el cristianismo y sellados por «el espíritu de la tierra»<sup>1</sup>.

Un año después del discurso de Puig i Cadafalch, y cuatro de la creación del Centre Escolar, Prat de la Riba no se limitaba a repetir una creencia por entonces compartida: que ellos eran, en efecto, hijos de la patria catalana; sino que pretendía mostrar a sus amigos la patria esclava para hacerles ver cómo podrían fundirse sus cadenas. El punto de partida era similar a lo que en España iniciaba ya su marcha triunfal: el lamento por los males de la patria, en su caso catalana, por su menesterosa situación, condenada a la muerte, como había temido Puig el año anterior. Cataluña, dijo Prat, es esclava, y ellos, los allí reunidos, como catalanes, no eran libres; no que no lo fueran como individuos: la esclavitud del hombre había afortunadamente desaparecido; pero la verdadera esclavitud, la de las naciones, subsistía, como demostraban los ejemplos del Sur de Alemania, Irlanda, Polonia, Bohemia, Tirol, Creta y Armenia, Saboya, Rumelia, Languedoc y Provenza, Gascuña y Armorica, Vasconia, Navarra, Galicia, Mallorca, Cataluña. Sí, Cataluña, troceada como Polonia, condenada a mo-

---

<sup>1</sup> Enric Prat de la Riba, «Discurs del president del Centre Escolar Catalaniste de Barcelona», 30 de noviembre de 1890, en OC, Barcelona, 1998, vol. 1, páginas 131-140; Enric Jardí, *Puig i Cadafalch. Arquitecte, polític i historiador de l'art*, Barcelona, 1975, págs. 13-15.

rir de hambre como Irlanda, con la argolla de la esclavitud no al cuello sino en el pensamiento, con su lengua proscrita, las instituciones políticas y administrativas arrinconadas, vivía únicamente de migajas como el derecho de asociación, de reunión, de nombrar representantes; pero por lo que se refería al fondo del asunto, era una esclava y contra la tiranía alzaba ahora su voz potente. Triunfaremos, terminó Prat; por ley de vida, por una ley tan necesaria e indefectible que no permitía ni un instante de duda, triunfaremos.

Prat de la Riba hablaba en el Centre Escolar Catalanista, sociedad filial del Centre Català fundada en octubre de 1886, primera fecha crucial en la historia del nacionalismo catalán<sup>2</sup>. Hasta entonces, el sentimiento de patria catalana se había expresado políticamente en términos de regionalismo o federalismo, lo que no hacía incompatible su coexistencia, no exenta de problemas ni de un extendido sentimiento anticastellanista, con la identificación con la otra patria, la española. El «lenguaje del doble patriotismo»<sup>3</sup>, característico de los tiempos románticos y del posterior auge del movimiento regionalista, encontró su momento culminante en el Memorial de Agravios presentado al rey Alfonso XII por el Centre Català en marzo de 1885. Unos meses antes, en enero, bajo la presidencia de Valentí Almirall, el Centre había convocado en la Lonja de Barcelona a todas las entidades cívicas para protestar contra el *modus vivendi* con Inglaterra y contra el proyecto de uniformizar el derecho civil. La comisión de doce miembros elegida para redactar la memoria y la que luego se encargó de presentarla ante el rey mostraban bien la capacidad del Centre Català para convocar a personalidades de la más variada procedencia social y de distintos horizontes ideológicos y políticos, desde el mismo Almirall, un republicano federal catalanista, hasta Marià Maspons, notario, monárquico y diputado por el Partido Conservador. Entre ellos, destacados juristas contrarios a la implantación de un código civil uniforme, como Joan Permanyer i Ayats y Josep Pella i Forgas, poetas católicos como Jacint Verdaguer y Jaume Collell; o representantes de intereses industriales o agrarios, como Joan Antoni Sorribes, Benet Malvehí y Josep Pujol o del obrerismo moderado, como Manuel Vila<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Según lo ha escrito Joan-Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme*, Barcelona, 1995, pág. 23.

<sup>3</sup> Como lo define Josep M. Fradera, *Cultura nacional en una societat dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868)*, Barcelona, 1992.

<sup>4</sup> Iniciativas de Almirall, con la convocatoria del primer Congreso Catalanista, creación del Centre Català y elaboración del «Memorial en defensa dels interessos morals i materials de Catalunya», Josep Termes, *Història del catalanisme fins al 1923*, Barcelona, 2000, págs. 151-173; también Josep M. Figueres, *Valentí Almirall, forjador del catalanisme polític*, Barcelona, 1990, págs. 139-171.

Ante el rey, Marià Maspons i Labròs afirmó la voluntad catalana de no debilitar, ni mucho menos atacar, la gloriosa unidad de la patria española. Al contrario, su propósito consistía en fortificarla y consolidarla, pero entendía que para lograrlo no era «buen camino ahogar y destruir la vida regional para sustituirla por la del centro». Su deseo era que en España se implantara un sistema regional adecuado a sus condiciones, al estilo de los que seguían los gloriosísimos imperios de Austria-Hungría y Alemania, o el Reino Unido y que ya había seguido España «en los días de nuestra grandeza». A partir de ahí, Maspons pasó a exponer todos los agravios históricos de que había sido víctima Cataluña: su sistema administrativo liquidado, su lengua reducida a los hogares o las conversaciones familiares, su derecho civil adulterado y, en fin, la industria promovida en 40 años de trabajos y privaciones sin cuento atacada por el tratado con Francia y por el *modus vivendi* con Inglaterra<sup>5</sup>. Administración, lengua y derecho civil propios y defensa de los intereses de la industria y el comercio catalanes, tal era el resumen de las peticiones que interesaban por igual a burócratas, juristas, clérigos, literatos, políticos, industriales, comerciantes. La cuestión consistía en encontrar no sólo una institución, un organismo, que cobijara a gentes de tan diversa procedencia sino un lenguaje común en el que todos ellos pudieran encontrarse. Y tal sería la tarea de los jóvenes que en 1886 irrumpieron en la escena pública fundando el Centre Escolar; ellos sirvieron de argamasa de una coalición entre burgueses y profesionales y ellos codificaron un nuevo lenguaje en el que todos los catalanistas, fuera cual fuese su procedencia social y su proyecto político, pudieran encontrarse, el lenguaje del nacionalismo.

#### RETÓRICA DE LA PATRIA RENACIDA

Estos jóvenes que comienzan a llegar muy pronto a puestos de responsabilidad en sociedades culturales y que lanzan campañas de movilización a favor de la lengua o en contra de un derecho civil uniforme, no pueden entenderse, a pesar de sus lamentos por la patria en ruinas, de su rechazo de la política, de su antiparlamentarismo, de sus temores ante el liberalismo y de la abrumadora presencia de elementos románticos en su discurso, como un correlato catalán de la llamada generación del 98. Su actitud ante el pasado no es en modo alguno de ruptura, no se ríen de sus mayores, ni se presentan en público como si antes nadie hubiera dicho o escrito nada, como si la historia comenzara con ellos; vie-

---

<sup>5</sup> Discurso de Maspons, *El Imparcial*, 11 de marzo de 1885.

nen, además, decididos a actuar, a intervenir en la esfera pública, de modo colectivo. Lo que pretenden, con una conciencia sorprendentemente lúcida para su edad, es considerarse a sí mismos, y que los demás les tengan, por culminadores de una evolución, como si en ellos encontrara sentido todo lo que en el terreno de la recuperación de la patria perdida se había realizado ya, al menos desde principios de siglo XIX. En ellos alcanza, o ellos al menos así lo creen, su remate una búsqueda de la nación que hasta ese momento había errado en diversas direcciones, ninguna de la cuales debía ser arrojada sin más al basurero de la historia. Ellos estaban allí para rescatar una identidad, la de la gran Cataluña medieval, pero al hacerlo no querían desaprovechar ningún material proporcionado por quienes antes que ellos habían emprendido el mismo camino aun sin haber logrado llegar a la meta.

De modo que esta juventud no tiene por qué tildar de vejez a sus mayores, ni alardear de rupturas ni de nuevos comienzos. Todo lo contrario: leerán con avidez todo lo que en el orden de recuperación de la nación perdida se había escrito o contado desde años antes. Si hubiera que personalizar y sintetizar una historia rica en matices, iniciativas, coaliciones, escisiones, habría que decir: Prat de la Riba, Puig i Cadalfach, Duran i Ventosa, los nacidos en torno a 1870, pueden leer con igual provecho a Valentí Almirall (1841), federalista de izquierda, que a Torras i Bages (1846), canónigo y luego obispo de Vic, o que a Joan Maragall (1860), poeta modernista, nacidos entre una y tres décadas antes. No es sólo que los puedan leer, o que los lean de hecho, sino que participen con ellos en actos públicos, compartan cargos de responsabilidad en diferentes asociaciones, y sienten hacia ellos un profundo afecto, que se les devuelve con creces, como el que el obispo de Vic, Josep Morgades, manifiesta a Puig i Cadalfach, cuando aquel presidía los Juegos Florales en 1893, siendo éste secretario: ambos se habían entendido perfectamente a propósito de la restauración del monasterio de Ripoll.

Es precisamente el encuentro con políticos, industriales, sacerdotes, juristas, en empresas colectivas lo que introduce en esta manera de ser intelectual propia de los nacionalistas catalanes un elemento ajeno por completo entre sus contemporáneos del 98. Estos intelectuales no son meros literatos, o arquitectos, o médicos, que pudieran estar preocupados como cada cual por los males de su patria. Se trata, por el contrario, de gentes cuya preocupación por la patria se traduce en acción profesional o colectiva desarrollada desde instituciones culturales creadas al efecto. Es notable el número y variedad de espacios institucionales de encuentro, no meras tertulias, no charlas de café, sino asociaciones, centros, ateneos, ligas, uniones o partidos políticos, sociedades culturales y recreativas, con sus reglamentos, sus asambleas formalizadas, sus

cotizaciones, sus juntas directivas. Lo que escriben si son literatos, las casas o palacios que construyen, o las iglesias y monasterios que reforman, si son arquitectos, los pleitos que defienden si son abogados, están directamente relacionados con lo que hacen o con lo que pretenden hacer en orden a la recuperación de la nación catalana desde las instituciones que administran y dirigen. No son meros ideólogos, tampoco se limitan a una acción de protesta; buscan formas de movilización, despertar a una sociedad que juzgan dormida de modo que se ponga en movimiento. Sus retóricas son incomprensibles si sólo se ve en ellas una evolución de ideas casi predestinadas a culminar en una síntesis final; son, por el contrario, retóricas en las que pretenden fundir como ideal común y, por tanto, como misión colectiva de la comunidad nacional, actividades e intereses no siempre coincidentes.

Así que, a pesar de las evidentes divergencias políticas entre un republicano y un monárquico, entre un laico y un clérigo, a la nueva hornada de catalanistas interesará todo lo que estos adelantados habían escrito o publicaban por entonces, mientras ellos eran todavía estudiantes o recién licenciados. Almirall, el mayor de todos, con la experiencia a costas de la revolución de 1868 y de la República federal, había publicado cuatro años antes del primer discurso presidencial de Prat de la Riba un a modo de compendio de lo que él mismo llamaba catalanismo regionalista o particularista: *Lo catalanisme: motius que'l legitiman, fonaments científichs i solucions pràcticas*. Como será en adelante la norma, Almirall elabora, como punto de partida, la caricatura de una identidad castellana frente a la que presenta la catalana como contraste: el castellano es la raza, el pueblo, el grupo, el carácter Otro que el catalán. Almirall marca la pauta al bucear en el carácter castellano después de haber trazado en unas pinceladas la situación por la que atravesaba la nación española: una vida nacional pobre, carente de instituciones sólidas, sobrada de ignorancia y de inmoralidad, con partidos políticos formados exclusivamente por los que querían vivir a costa de la generalidad de la nación, que actuaban sobre un pueblo caduco, lleno de vicios alimentados por la ignorancia. Nada más lógico que todo ese estado de decadencia racial explique el indiferentismo musulmán, la inmoralidad aterradoras, la ignorancia supina que eran en su tiempo los caracteres más destacados de la «hidalga y orgullosa nación española»<sup>6</sup>.

Nación que, como se hace evidente desde el primer momento a cualquier viajero, no está formada por una sola raza, o un solo

---

<sup>6</sup> Valentí Almirall, *Lo catalanisme*, Barcelona, 1979, págs. 21-29; para un detallado análisis de esta obra, Juan Trías Vejarano, *Almirall y los orígenes del catalanismo*, Madrid, 1975, págs. 344-384.

pueblo sino por varios, de los que a Almirall le interesa en este contexto «la nuestra, o sea la que forma el pueblo catalán, y la que ha logrado imponérsenos, o sea la castellana». En el marco de la nación española decaída, el carácter castellano, en otros tiempos capaz de grandes epopeyas, ha entrado en un irreversible proceso de degeneración. Nada nuevo, por lo demás: este era el lugar central de la retórica de la muerte de España. Lo interesante, con todo, es que el proceso de descomposición del carácter castellano no ha afectado al catalán que es «el reverso de la medalla del genuino castellano»: generalización frente a análisis; abstracción idealista frente a ventajas positivas; apasionamiento por las formas frente al poco cuidado por las apariencias; dotado uno de una mirada que abrazaba un amplio campo frente a la que se fijaba en los detalles. Los castellanos pudieron emprender grandes epopeyas mientras los catalanes se reducían a hechos menos brillantes pero más sólidos. Lógicamente, la supeditación de Cataluña a Castilla al cerrarse el Mediterráneo y abrirse el Atlántico significó una pérdida de la personalidad catalana. Pero no exactamente una degeneración ni un decaimiento sino una desnaturalización, haciéndole olvidar los ideales de libertad y particularismo en los que se basaba la política aragonesa. Por supuesto, esa desnaturalización ha progresado especialmente en las ciudades y grandes centros de población pero todavía no ha alcanzado un nivel alarmante entre la gente del campo y de la montaña, lo que quiere decir que una vez derrocado el absolutismo español que tenía sumida en la nulidad a la región catalana, sólo faltaba un aldabonazo, alguien o algo que hiciera sonar la campana para que aquel pueblo dormido despertara.

Y eso fue, en efecto, lo que consiguió la invasión napoleónica cuando despertó en el pueblo sus instintos bélicos y su espíritu de independencia: desde el momento en que el pueblo se despierta, «debía por necesidad venir el Renacimiento». «Lo Reinaxement» será capítulo obligado de esta «gran narrativa» de la nación dormida que retorna a la vida, un apartado imprescindible en todos los que se ocupen del despertar de la nación catalana<sup>7</sup>. Aunque tras tantos siglos de vivir como aletargado el pueblo se encuentre débil, será imposible después de la gran sacudida devolverlo a su secular modorra. Había sonado la hora del renacimiento, primero con la resurrección de la lengua, luego con la restauración histórica, con la creación literaria, la poesía lírica, el teatro y los cantos populares, el uso público de la lengua catalana, finalmente con el nuevo despertar político y social del catalanismo regionalista.

---

<sup>7</sup> Almirall dedica el capítulo 4 de su libro a «Lo Renaixement» construido en torno a la metáfora del despertar del pueblo, *Lo catalanisme*, págs. 68-78.

Es llegada la hora de dar un paso más y plantear los agravios y reivindicaciones de Cataluña que Almirall sintetiza en la lengua, el derecho civil, la administración, el gobierno y la justicia, la instrucción y la educación.

La cuestión consiste en cómo recuperar todo lo propio si se forma parte de una nación débil, España, degenerada y decaída, y de una región que por imposición castellana ha adquirido los vicios que explican la decadencia de aquella y que obstaculizan su propio renacimiento. Podría pensarse, y Almirall plantea la hipótesis, en una separación, pero en la situación de actual debilidad de Cataluña, esa decisión conduciría a formar parte de otra, lo que le parece absurdo por lazos históricos, relaciones comerciales, y mayor diferencia de carácter con cualquier otra nación que no sea España. La solución no puede ser más que un «sistema particularista» en el marco de un «Estado compuesto» que podría ser monárquico o republicano, pero que en lo que respecta a la organización interna de Cataluña sólo podría ser republicano, con unas Cortes formadas por tres cuerpos, uno por sufragio universal, otro por representantes de los distritos y un tercero por representantes de corporaciones<sup>8</sup>.

Una retórica y un programa atractivo, que explica el éxito del Centre Català, nacido del primer Congrés Catalanista, y del mismo Almirall en torno a 1885; pero que explica también la inmediata competencia que habría de salirle desde el otro gran frente del catalanismo, el que había apostado por los juegos florales y la recuperación de una identidad catalana católica. Entre ellos, Torras i Bages mostró lo que era capaz el amor a la patria, ese fuego eterno que lo funde todo en la misma empresa. Su enemigo es el uniformismo, una invención francesa, revolucionaria, que había constreñido el espíritu nacional, única fuerza capaz de desterrar la discordia en el pensar y de alcanzar ese estadio superior en el que la vida social es perfecta, el pueblo robusto, capaz de grandes acciones y de larga vida. La unanimidad, *cor unum et anima una*, ésa era la meta del canónigo, pero la Revolución francesa había introducido un elemento disgregador en ese primigenio espíritu nacional. Afortunadamente, su triunfo había sido efímero: pasada su eficacia uniformadora, cuando los Estados unitarios decaen a ojos vistas, había que encontrar de nuevo el genio de la tierra, el elemento ético y racional de un pueblo, ese algo impalpable que es el espíritu nacional, los elementos permanentes de la vida del país. Reaparecerá así un sujeto dotado de voluntad e inteligencia propia, el pueblo catalán, al que podrá aplicarse con toda lógica

---

<sup>8</sup> Almirall, *Lo catalanisme*, págs. 247-258.

el concepto de persona, dotado por tanto del derecho, que nadie le podrá negar, a vivir<sup>9</sup>.

Torras consagrará su ingenio y energías a devolver al pueblo catalán la conciencia de su primer ser, su espíritu nacional, sus elementos permanentes. Para lograrlo, era preciso afirmar el valor del positivismo y ser positivista, pero de los de verdad, de los que tras admitir la identidad entre patria y tradición estudian la historia, el derecho, las bellas artes, la poesía, como otras tantas «eflorescencias del árbol de la patria». Este es todo el positivismo de Torras y no de muy distinta índole será el del resto de los catalanistas que se aplican al estudio positivo de ruinas arqueológicas, leyes tradicionales o instituciones medievales partiendo del axioma de que todo lo que descubran será una manifestación de la tierra, de la patria, del espíritu del pueblo, del «genio de la tierra», como dice Torras: un positivismo místico, si se quiere decir con la fórmula que González Casanova aplicaba a Prat de la Riba<sup>10</sup>, aunque tal vez fuera mejor hablar del permanente legado del romanticismo en el positivismo de fin de siglo. De ahí que no tenga mucho sentido contraponer positivismo con romanticismo, como si ser lo primero impidiera partir de supuestos sólo vigentes cuando se es también lo segundo. Un nacionalista puede ser ambas cosas: del positivista tendrá su pasión por la arqueología, por los cancioneros y los cantares, por levantar el catálogo de todos los hallazgos, datarlos, clasificarlos. Pero eso no obsta para que del romántico tenga la convicción de que todo lo que descubre y cataloga es la expresión de un sujeto colectivo, de un grupo, del que el mismo observador forma parte, al que debe su auténtico ser, al que pertenece por entero; lengua, canciones, ruinas, cuadros que sólo él puede comprender cabalmente en toda su profundidad, pues sólo él puede sentir la auténtica emoción derivada de las manifestaciones del alma del pueblo, de su pueblo, de su nación, sea una lengua, un ley, o un flor, como Maragall, cuando en las laderas de las montañas creía ver en la retama, tan alegre y luminosa, «el alma de nuestro pueblo floreciente»; o evocar imágenes, nada pasadas de moda, como la utilizada por Guimerà, cuando habla de Cataluña como la bella durmiente que espera a su Berenguer para que le devuelva el buen nombre y la libertad<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> Josep Torras i Bages, *La tradició catalana* [1892], *Obres Completes*, Abadía de Montserrat, 1984, vol. 1, págs. 230-241.

<sup>10</sup> J. A. González Casanova, «Cataluña en la crisis contemporánea del Estado español», en *La crisis del Estado español, 1898-1936*, Madrid, 1978, pág. 56.

<sup>11</sup> Para el positivismo como compromiso entre ciencia y romanticismo, Alvin Gouldner, «Romanticismo y clasicismo: estructuras profundas de la ciencia social», en *La sociología actual: renovación y crítica*, Madrid, 1979, págs. 302-340; para

Tendrá también el nacionalista, como el romántico, la idealización de la Edad Media como punto de partida para la crítica del presente a la par que lo trasciende; del romanticismo procedía asimismo la evocación del espíritu del pueblo como acicate para la revitalización de la cultura. Nada impedía, o mejor, todo empujaba a un positivista de finales del siglo XIX, inquieto por el largo sueño de su nación, a reconstruir la identidad perdida sintiendo los latidos del alma eterna del pueblo, dejando correr su fantasía tumbado en la ladera de una montaña y estudiando la tradición con todo el rigor científico posible: oler la retama o descubrir una ruina producen idéntica emoción estética y, al cabo, el nacionalismo es, sobre todo, sentimiento; como escribió Maragall, «estas cosas o se sienten o no se sienten»<sup>12</sup>. En la empresa de cultivar un sentimiento y de escudriñar los restos del pasado, poetas y arqueólogos, legistas y arquitectos ocuparon siempre, sin importunarse unos a otros, un lugar de vanguardia.

Pues, en verdad, trabajo había para todos, excitante, por lo demás. Los orígenes de la patria, las primeras manifestaciones del espíritu nacional se remontaban más allá del inicio mismo del tiempo y de la historia: ascender hasta ellos podía llenar de sentido toda una vida. Para Torras, por ejemplo, la ascendencia de la patria catalana no ofrecía duda: era el paraíso terrenal. Tras haber puesto en alta tensión su búsqueda positivista y haber llegado a la conclusión de que el «*unum necessarium* es la forma sustancial de la nación» no le quedaba más que un paso, ayudado no tanto por su positivismo como por su fe cristiana, y lo dio sin complejo alguno: «A Catalunya la va fer Déu, no l'han feta els homes; els homes sols poden desfer-la». Que alguien que se precia de positivista pueda ser responsable de tal afirmación exige previamente haber fundido en el fuego eterno de la patria todas las contradicciones posibles. Según creía Torras, la gracia divina se infundió directamente en una raza fuerte, juiciosa y activa de modo que de aquel elemento humano, fecundado por el elemento divino, no podía resultar más que una organización resistente y armónica; la infusión del elemento divino en aquella raza garantizaba que el carácter de los hombres y de las instituciones catalanas fueran de una naturalidad admirable. Y así, la organización social de Cataluña será la que más cerca de la naturaleza se encuentre: su organización familiar es patriarcal y las relaciones de hombre y mujer son trasunto de las que en el paraíso habían mantenido Adán y Eva<sup>13</sup>.

---

expresionismo y pertenencia como dos notas sustanciales del romanticismo, Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, Madrid, 2000, págs. 75-91.

<sup>12</sup> Maragall, «La ginesta», 29 de mayo de 1904, OC, 1, pág. 745.

<sup>13</sup> Torras i Bages, *La tradició catalana*, págs. 240-243.

Ahora bien, en Torras como en Almirall, el combate contra el unitarismo derivado de la revolución francesa y de las políticas jacobinas y centralizadoras que fueron su resultado, y el renovado amor a la patria catalana, no eran contradictorios con el sentimiento de una patria común, llamada España. Al contrario, se trataba de garantizar a ésta un amor que no podía tener ya su origen en aquella «unidad del pensamiento» impuesta por el unitarismo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se había visto a todo el pueblo de España sacrificarse por la patria común. Hoy, si se quiere fortalecer el vínculo de unión social, será preciso acudir a la región. La Iglesia es, por eso, regionalista, porque sólo en la afirmación de lo propio, en el rescate de la región tendrá su asiento el verdadero, natural y constante amor a la patria. Nación y patria, en el lenguaje de Torras, pueden significar tanto España como Cataluña; región, no; región sólo se dice de Cataluña: no es la región la enemiga de la patria común; al revés, de la región toma la patria común su sustancia vital.

¿Quién habría de decir que el regionalismo vendría a ser la nota moderna en el movimiento sociológico de este fin de siglo, un pedazo de ideal del pensamiento nuevo? se preguntaba admirado Joan Maragall, no por la lectura de Torras sino por la del gallego Alfredo Brañas, que acababa de publicar, a principios de 1893, *La crisis económica en la época presente y la descentralización regional*. Maragall era también, por el momento, un regionalista convencido, siempre que se entienda por tal no el defensor del abstracto ideal de otorgar a todas las regiones una igual consideración, sino la devolución de autonomía a determinadas regiones según su aptitud: un regionalismo asimétrico, por así decir, ya que la uniformidad repugna a la naturaleza y es hija de artificiosas abstracciones. No es justicia sino injusticia otorgar a todas las regiones la misma consideración: los privilegios deben existir porque existen también los seres naturalmente privilegiados, establece Maragall como criterio de organización del Estado. Y como buen romántico/positivista, juzgará deseable volver a los gremios, al trabajo de cada cual en su casa, a la pequeña industria y al modesto comercio, aunque convencido, por una especie de instinto histórico, de que así no se arreglarán las cosas. Volver al pasado, sí, pero no más de lo necesario para que las regiones sientan su individualidad, su carácter, su genio y sus aptitudes y sepan proyectarlas hacia el futuro incorporándolas en la obra común humana. La búsqueda de aquella identidad individualizada, del carácter y del genio de un pueblo sólo tiene sentido si a partir de su encuentro se proyecta a una obra común<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Joan Maragall, «La vida regional», 4 y 11 de marzo de 1893, OC, 2, páginas 347-351.

Las propuestas regionalistas formuladas en los años 80 del siglo XIX por Almirall, por Torras, por Maragall no deberían interpretarse como si de ellas sólo se pudiera caminar hacia la identificación de región con patria única, primero, y luego con nación. Tenían sentido en sí mismas y en los ejemplos que podrían aducirse de otras situaciones europeas. En realidad, ellos no se entendían a sí mismos como precursores de nada; sostenían unas convicciones y actuaban racionalmente para conseguir unos fines; no elaboraron unas posiciones doctrinales ni propusieron unos objetivos con la conciencia de realizar una obra incompleta, a la espera de que vinieran otros después a desarrollarla y llevarla a término: sólo quien se sitúa en algún fin de la historia, quien se entiende a sí mismo y su posición como una especie de culminación, puede entender el pasado como proceso necesario e interpretarlo, por tanto, como fase a la que algo quedaba por completar o como germen de algo que estaba por desarrollar. Lo que ellos, y otros como ellos, hicieron fue construir un discurso en torno al renacimiento de un pueblo, una raza, una patria, una nación —que de todo llamaron a Cataluña— dormido o dormida desde tiempo inmemorial. El sueño, sin embargo, no había llegado a corromper el ser íntimo, auténtico, de aquel pueblo; simplemente, lo había desnaturalizado. Toda la tarea consistía en liquidar el elemento desnaturalizador, romper la costra sobre el árbol, limpiar los escombros sobre la roca viva. Una vez realizada la tarea, Cataluña volvería a ser ella misma, porque el auténtico ser de su pueblo, dormido y todo, había persistido idéntico a través de los siglos.

Pero ese volver a ser ella misma Cataluña no exigía romper los vínculos con España, no ya los políticos o administrativos sino tampoco los afectivos o sentimentales: España como Estado pero también como patria grande: «españolistas somos todos en esta región... pero nuestro españolismo no impide que seamos catalanes hasta la médula de los huesos», había escrito Antoni Feliu i Codina, y solo una mirada anacrónica podrá entender esa máxima como un «esfuerzo por recuperar unos signos de catalanidad que a la larga propiciarían el despertar nacional catalán que entraría en colisión con el afán del estado español por consolidar una efectiva contrucción nacional española»<sup>15</sup>. Podría haber «propiciado» eso o lo contrario, o no haber propiciado nada sino haber continuado en el tiempo como un doble patriotismo. Ocurrió que la jo-

---

<sup>15</sup> Agustí Colomines i Companys, «Tradición y modernidad en la cultura del catalanismo», *Historia Social*, 40 (2001) pág. 105, entiende la Renaixença como una «recuperación de los elementos de catalanidad perdidos» que conduce al «despertar de la nación».

ven generación que se abrió paso en la escena pública desde los primeros 90 se sintió con voluntad y razón suficiente para levantar la mano, pedir la palabra y decir: no somos la región de una patria común, sino la patria única de un Estado compuesto. Al hacerlo, no llevaban a término algo que estuviera implícito en lo anterior, como si lo que ellos hicieran fuera no más que acabar de despertar a la nación, ni miraban con miseratamiento hacia aquellos que habían compartido el amor a dos patrias y, tras dirigirles una educada reverencia, renegar de ellos y establecer un nuevo origen. Sin duda, esta es siempre una opción posible; más aún, es la opción habitual en nuevas generaciones que irrumpen con fuerza en la escena pública y se toman por el comienzo de la historia: liquidar a los mayores para establecer el origen, en este caso, de la nación. Pero en Cataluña, la nueva generación, la nacida en torno a 1870, optó por aprender de sus mayores y acarrear de todos ellos los materiales precisos para romper su discurso patriótico en su supuesto central. Sin necesidad de deslizar el análisis por la fácil pendiente del finalismo, fue Enric Prat de la Riba, como vio Jaume Bofill i Matas en el homenaje que se le tributó en 1910, quien coordinó y resumió los esfuerzos de la generación anterior y de los coetáneos. Las dispares herencias de Almirall, de Torras i Bages, de Duran i Bas, de Mañé i Flaquer fueron «aquilatadas y organizadas por él» asimilando de cada uno de ellos lo que podía interesar a su propia obra<sup>16</sup>. Pero al proceder así, las liquidaba; eso fue, en efecto, lo que se dispusieron a realizar los jóvenes intelectuales catalanes, cercanos por edad y por experiencias políticas, como por su horror a la masa y su crítica al parlamentarismo, a la generación del 98, pero distanciados de ellos por la mirada que proyectaron sobre la patria.

#### LA NACIÓN EN BUSCA DE ESTADO

El más destacado de un plantel de profesionales muy distinguidos fue Enric Prat de la Riba que se confesaba inclinado por ocultas y misteriosas afinidades hacia aquel escritor insigne que había sido Joseph de Maistre. Pero lo misterioso y oculto él mismo se encarga de aclararlo: De Maistre, al contarse entre los iniciadores del gran renacimiento bajomedieval, fue un precursor: el descrédito de la Revolución francesa, del racionalismo apriorista, la rehabilitación de la historia medieval, la tendencia a la vida cor-

---

<sup>16</sup> Jaume Bofill i Mates, *Prat de la Riba i la cultura catalana* [1910], Jordi Cassas (ed.), Barcelona, 1979, pág. 157.

porativa, a la familia *souche*, al antiguo régimen representativo, la exaltación de la costumbre en detrimento de la ley, la ruina de las grandes nacionalidades y el pujante levantamiento de las nacionalidades verdaderas, las naturales o étnicas, la renovación de la filosofía escolástica, todo esto y su explícito rechazo al principio de «cada ciudadano un voto» convierten la crítica del sufragio universal y del parlamento en algo más, y diferente, que una mera crítica al sistema político vigente. Prat de la Riba proclamó en la última década del siglo XIX la bancarrota del parlamentarismo no sólo por sus vicios históricos sino porque al tratar igual a los desiguales, liquidaba la aristocracia de los mejores e implantaba el reinado de las medianías. No muy lejos en el tiempo, Torras i Bages había rechazado también el parlamentarismo porque amenazaba, junto al cosmopolitismo revolucionario, la «invariable sustancia nacional»<sup>17</sup>.

Desde noviembre de 1890, Prat de la Riba, tan deudor de De Maistre como de Maurras, identificó Cataluña como «nuestra única patria» y alzó la voz para aclamar «las nacionalidades naturales e históricas». Eso era Cataluña: la patria de los catalanes, una nacionalidad simultáneamente natural e histórica. Ahí radicaba, además, toda la diferencia entre patria y Estado, en que la primera era una comunidad histórica, natural, necesaria, mientras el segundo no era sino una entidad política, artificial y voluntaria. Por supuesto, carecía de sentido hablar de patria grande y patria pequeña: patria no hay más que una, y lo que se llama patria grande es sencillamente un Estado compuesto de varias agrupaciones que, ellas sí, tienen la condición de verdaderas patrias. Dicho esto, es claro que España no es la patria, ni chica ni grande, de los catalanes; es simplemente su Estado, pues la patria es «la comunidad de gentes que hablan una misma lengua, tienen una historia común y viven hermanados por un mismo espíritu que sella con algo original y característico todas las manifestaciones de su vida». De la lengua, es evidente que el catalán goza de todos los requisitos para definirse como tal: más antigua que el castellano, no puede considerarse su corrupción, pues ya había alcanzado todo su esplendor cuando el castellano apenas comenzaba a dar señales de vida; más dulce, la precede también en jerarquía: es la primera lengua neolatina. De la legislación, su derecho civil es pro-

---

<sup>17</sup> Prat de la Riba, «La filosofía política del conde J. de Maistre», «El sufragio universal inorgánico y el sufragio universal corporativo», de 1895; «La bancarrota del parlamentarismo» y «Reformas del sufragio universal», de 1898, *OC*, vol. I, Barcelona, 1998, págs. 264-268, 281-286 y 685-691; Josep Torras i Bages, «Influencia moralizadora del regionalisme» [1888], *OC*, Montserrat, 1986, vol. 2, págs. 12-13.

pio, no derivado, con la autoridad atribuida a la costumbre. En fin, y por lo que respecta a lo que constituye el ser de la patria, es evidente que el espíritu catalán lo sella todo, desde el tipo de santos propios de la nación catalana, más activos, menos dados a la mística, hasta el genio mercantil y el temperamento abierto, liberal y tradicionalista a la vez<sup>18</sup>.

La afirmación de la identidad nacional frente al Estado abría la puerta a la identificación del Estado como enemigo de la nación. En efecto, si los elementos constitutivos de la nación —hasta ahora: lengua, leyes, espíritu— se encuentran viciados, si la lengua atraviesa peligro de extinción, si las leyes son impuestas desde fuera, si el espíritu o su manifestación como carácter nacional se ha desnaturalizado, y si por otra parte, la nación es la instancia natural, histórica y necesaria, la causa de su menesterosa situación sólo puede radicar en un elemento ajeno, impuesto a la nación, que actúa sobre ella desnaturalizándola y, por tanto, desviándola de su historia. «Este elemento enemigo de Cataluña que desnaturaliza su carácter es el Estado español», escribe Prat de la Riba. Cataluña tiene hoy su carácter desnaturalizado no por una debilidad de la raza, tampoco por esa extendida degeneración que afectaba a Francia, a España, naciones atacadas desde dentro por el virus de la descomposición, sino por haberse encontrado Cataluña desde hace siglos «en una atmósfera contraria a su manera de ser»: es la atmósfera, no el ser, lo que anda mal. Los jóvenes intelectuales catalanes resolvían, pues, la extendida angustia por la degeneración del ser de la raza y la pérdida de la nación con un recurso que permitía, por una parte, mirar a la historia, buscar el punto en el que todo comenzó a fastidiarse para decidir que el momento anterior fue el más glorioso de la nación y, por otro, proyectar hacia adelante una alternativa a la historia desviada de su curso natural.

La misma lógica del argumento exigía cargar las tintas: cuanto más desalmado y criminal apareciera el Estado español desde sus orígenes, más tiránica sería su imposición sobre Cataluña, más agravios recibiría Cataluña en casi todos los hechos de su historia desde la llegada de la dinastía castellana, más cargada de razón y de esperanza lucirían las reivindicaciones de Cataluña. Y efectivamente, en su misma constitución el Estado español de Fernando e Isabel era reo de horriblos crímenes y de la corrup-

---

<sup>18</sup> Prat de la Riba, en colaboración con Pere Muntañola, *Compendi de doctrina catalanista*, 1894, y «Compendi de la Història de Catalunya», *Jocs Florals de Barcelona*, 1898-1899, OC, 1, págs. 217-221 y 599-609. Prat como alma gemela de Maurras: Pedro González Cuevas, «Charles Maurras en España», en *La tradición bloqueada*, Madrid, 2002, pág. 108.

ción más espantosa. Castilla, que se encontraba en una situación de anarquía y de corrupción, logró hacerse con la Corona arrasando a su propia decadencia a la Corona Catalano-Aragonesa, que continuaba su expansión por el Mediterráneo, con su comercio floreciente, su poderío naval, su astuta diplomacia. Toda la grandeza que pueda rastrearse en la historia de España procede de la Corona de Aragón. Pero la historia descarriló en algún momento y «gobernó Castilla», un dato difícil de entender si se recuerda la situación en que se encontraba frente al esplendor catalano-aragonés. En todo caso, a partir de ahí se echaron los fundamentos de la decadencia de España «eliminando sistemáticamente del gobierno a los que no pertenecían a nacionalidad castellana, mejor dicho, a la Corona de Castilla, convirtiendo la Inquisición en instrumento de dominación política, dando el primer paso en la senda del uniformismo y del absolutismo, y organizando un régimen colonial que indefectiblemente había de acabar con toda suerte de colonias»<sup>19</sup>.

Después de quedarse con todo el Estado español, los castellanos lo gobernaron tan malamente como fue posible; se diría que gobernaron mal a conciencia. Ni que decir tiene que de ese mal gobierno, la más perjudicada fue Cataluña, donde la dinastía castellana se entronizó violando las sagradas costumbres. A Fernando se le presenta entrando como en territorio ajeno en la Confederación Catalano-Aragonesa, con personajes y tropas castellanas, dando tormento y muerte traidora al último príncipe de la casa real catalana, Jaume de Urgell, y trato indigno a su esposa. Cataluña, que había tenido su más alto grado de esplendor en la Edad Media y que por su temperamento, verdaderamente liberal, no podía ligar con el absolutismo de los reyes, ayudó a Castilla a establecer su dominación. Y aunque nadie hubiera investigado por entonces qué cosa significaba la castellanización del poder imperial, Prat de la Riba desconoce las resistencias castellanas a la participación activa en el imperio y da por supuesta la absorción del Estado imperial por Castilla para identificarla luego con el absolutismo y con el agente activo de la decadencia de Cataluña, puesto que se dirigió a decapitar moralmente a la patria y a sus clases superiores. Para completar el cuadro, aunque los recursos para la expedición de Colón los facilitara la corona de Aragón, la única recompensa obtenida consistió en privar a los catalanes y a toda la corona de Aragón de comerciar con América. Un trato que encontrará su culminación en tiempos

---

<sup>19</sup> Prat de la Riba, «El hombre de genio y la colectividad», *Revista Jurídica de Cataluña*, 1898, OC, 1, pág. 683.

de Felipe, con Cataluña sucumbiendo gloriosamente ante el peso de Francia y España reunidas<sup>20</sup>.

Esta reconstrucción de las relaciones entre la nación catalana y el castellanizado Estado español lleva a una reivindicación en la que resuena el eco de la doctrina Monroe: Cataluña para los catalanes. Lo cual significa que Cataluña habrá de ser gobernada por catalanes, que su derecho debe ser el derecho catalán, y que en todos los actos públicos y privados la lengua utilizada será la catalana. Un programa máximo, al estilo en que era habitual por la época entre los socialistas, que se acompaña de lo que podría denominarse un programa mínimo, para lo inmediato: modificar la relación del Estado español con sus regiones o con sus otros Estados de manera que se distingan las atribuciones del poder central o federal del poder regional o de lo que Prat de la Riba denomina el poder nacional catalán. Al Estado central o federal le correspondería la gestión de los intereses comunes a todas las regiones, como ejército, aduanas o ferrocarriles generales. Al poder nacional catalán todo lo demás, muy especialmente la posibilidad de convocar Cortes catalanas por medio del sufragio universal de los cabezas de familia, por gremios y por profesiones, a fin de acabar con el parlamentarismo que entrega el gobierno a los charlatanes de oficio. La sociedad bien ordenada es una sociedad corporativa. Y por lo que se refiere a la administración, la descentralización o la autonomía será la norma. En conjunto, el sistema actual será sustituido por lo que Prat de la Riba llama todavía regionalismo, un proyecto elaborado a conciencia para que en él puedan encontrarse desde los positivistas más exagerados hasta los más fervorosos católicos.

Que la elaboración doctrinal y el programa político al que Prat de la Riba y sus amigos llegaron en 1894 se denominara todavía regionalismo no debe llamar a engaño. Conscientes, sin duda, de la imposibilidad de proponer públicamente un proyecto de independencia de la nación catalana —defendido, sin embargo, por Maragall en el artículo que no llegó a publicar— los jóvenes nacionalistas habían sentado ya a mediados de la década de los 90 todos los elementos de los que no habría más que tirar hasta llegar a la conclusión final. De momento, ellos no dieron ese paso, convencidos como estaban de que no tendrían, si así lo plantea-

---

<sup>20</sup> Prat de la Riba, *Compendi*, 225-230. De manera sorprendente, escribe I. A. A. Thompson, todavía está por investigar por qué se ha «representado a Castilla como el poder imperial, apropiándose del manto de España»: «Castilla, España y la Monarquía: la comunidad política, de la patria natural a la patria nacional», en R. L. Kagan y G. Parker (eds.), *España, Europa y el mundo atlántico. Homenaje a J. H. Elliot*, Madrid, 2002, pág. 178.

ban, seguidores. Antes de darlo era preciso realizar un duro trabajo de nacionalizar la nación, más concretamente, de catalanizar Cataluña. Y para eso era preciso, una vez establecida la doctrina, conquistar un poder cultural sobre el que asentar un sólido poder político. Estos no eran intelectuales que, una vez formulada la protesta, firmado el manifiesto, presentada la reivindicación, se encogen de hombros ante lo que pueda pasar, se meten en la redacción de un periódico que no les pertenece, y se disponen a matar el rato, intelectuales incapaces de cualquier forma de acción colectiva a través de cauces institucionales. El nacionalista es otro tipo de intelectual, un intelectual que formula un proyecto, se agrupa para desarrollarlo y que, dada la naturaleza de su trabajo, se propone controlar todos aquellos ámbitos de sociabilidad desde los que extender su programa. Y así como la doctrina quedó formulada en muy breve lapso de tiempo, el camino hacia el control de las instituciones no tardarían tampoco nada en recorrerlo: la creación del Centre Escolar y su rápido control les había enseñado lo que tenían que hacer.

Lo hicieron sin tardar. 1890 fue, como recuerda Rafael Olivar, el año de la primera presidencia de Prat de la Riba, la del Centre Escolar Catalanista. Primera quiere decir que luego vendría otras: a partir de esa fecha la condición natural de Prat de la Riba consistió en ser presidente de algo, o secretario, en este caso como situación interina hasta llegar a la presidencia. Lo será, secretario, de la Unió Catalanista, impulsada desde 1899 por Narcís Verdaguer i Callis como un «verdadero partido político moderno, con un considerable grado de centralización», pero creada finalmente como una especie de federación de sociedades catalanistas y, por tanto, sin posibilidad de afiliación individual directa en 1891 bajo la presidencia de Domenech i Montaner. Prat de la Riba convocará la primera asamblea general, celebrada en Manresa a finales de marzo de 1892, de la que saldrán las bases de una constitución regional catalana. Poco después, culminados los estudios universitarios, Prat está ya listo para entrar con su grupo en la redacción de *La Renaixensa*: se acabó el buscar refugio, con sus amigos Puig i Cadafalch, Duran i Ventosa, Pere Muntanyola, en periódicos locales, como *Les quatre barres*, de Villafranca del Penedès, primero que se tituló nacionalista. Es también 1895 el año que comienza la campaña de control de las sociedades con la catalanización del Ateneu, al que llegarán de nuevo amparados por los mayores: Guimerà en la presidencia, Maragall en la secretaría, con el apoyo de los jóvenes Ildelfons Sunyol y Jaume Carner. Al año siguiente, la candidatura será la de Almirall para la presidencia con Prat de secretario. Un año más y los jóvenes se habrán hecho dueños por completo del Ateneu. Y allí, en su presidencia, Prat de la Riba pronunciará en febrero de 1897 una conferencia que significa otra

vuelta de tuerca en aquel «gran movimiento que comenzó creando una literatura, que hoy ya no tiene que dar vida a un arte que crece y arraiga por todas partes» y que debe ya buscar la elaboración de una política catalana<sup>21</sup>. Esta es ahora ciertamente la cuestión: pasar de la cultura, ya renacida y pujante, a la política, todavía por conquistar.

Es ésta una dimensión de la presencia intelectual en la esfera pública ausente en sus coéteanos del 98, antipolíticos confesos, que tenían la política por el más bajo de los menesteres a los que podía dedicarse el ser humano. En los jóvenes catalanes puede encontrarse idéntico rechazo a la política parlamentaria, la misma crítica radical del sistema de partidos de la Restauración. Como todos, tampoco ellos quieren saber nada de la política al uso y hasta rivalizan por mostrarse, de Verdaguer i Callis a Prat de la Riba, antiparlamentarios sin más. Pero sería erróneo deducir de ahí que vivan de espaldas a la política o que cultiven una actitud antipolítica. Al contrario, una vez establecido el axioma romántico, que habla de un alma común, de la unidad de sistema, de la cultura y de la civilización, y demostrado con investigaciones positivas el hecho de que todo lo que las sociedades son, viven y sienten, piensan y obran, es no más que el reflejo de aquellas asociaciones naturales, necesarias, a las que llamamos nación, no había motivo alguno para establecer la excepción cuando se trata del Estado o de la política. Como había demostrado una pléyade de geógrafos, historiadores, exploradores y sociólogos, no es posible entender los hechos sociales si no se postula un alma social. Por tanto, el arte, la ciencia, las costumbres, el derecho, todo en fin lo que constituye la sociedad, procede de la misma raíz: la nacionalidad. De ahí vendrá también, de esa misma roca, el conjunto de determinaciones de la voluntad colectiva que forman la conducta política, la vida del Estado. Las nacionalidades, dice Prat, «tienden a tener un Estado». Sólo hace falta para iniciar la empresa que despierten a la conciencia de lo que son. Cuando una nacionalidad despierta, produce Estado<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Rafael Oliver Bertrand, *Prat de la Riba*, Barcelona, 1964, págs. 75-85; proyecto de Verdaguer y bases de la Unió Catalanista, Jordi Llorens i Vila, *La Unió Catalanista y el origen del catalanisme polític*, Abadía de Montserrat, 1992, páginas 63-73; Marfany, *La cultura*, págs. 23-24; Prat de la Riba, «Lo fet de la nacionalitat catalana», Conferencia en el Ateneo de Barcelona, 19 febrero 1897, OC, 1, pág. 416.

<sup>22</sup> Prat de la Riba, «Lo fet de la nacionalitat catalana», págs. 413-416.

---

## DE LA HEGEMONÍA CULTURAL AL PODER POLÍTICO

Cuando a una nacionalidad se le despierta la conciencia de lo que es, trabaja por producir un Estado, que es la expresión de su voluntad política, el instrumento de la realización de una política propia, insiste Prat de la Riba una y otra vez. Despertar la conciencia significa hacer patria, lo cual, como sabían muy bien sus oyentes, consistía en hacer arte, historia, ciencia. Es propio del intelectual nacionalista entender la creación artística, la producción científica o la investigación histórica con un carácter instrumental<sup>23</sup>, como una actividad dirigida a la producción de una obra destinada a un fin superior, que la llena de sentido: el de hacer patria. En eso consiste el despertar de la conciencia nacional, en crear una literatura, una arquitectura, una música nacionalistas; son, en el sentido que la palabra adquirirá muchos años después, intelectuales comprometidos, no ya porque se incorporen a sociedades culturales y a partidos políticos sino porque su obra misma, en su contenido y en su función, se dirige al fin de crear nación: hay un arte nacionalista de la misma manera que habrá un arte proletario.

Por eso, una vez despierta la nación —como una vez consciente la clase obrera—, hay que pasar a otra cosa, hay que seguir alimentando ese gran movimiento iniciado en la cultura y destinado a culminar en el Estado. Es más, hacer cultura catalana es gestar Estado catalán. Y no son otros, los políticos profesionales, los únicos vestidos para tomar ahora la antorcha y seguir el trabajo. Son los mismos intelectuales, los artistas, historiadores, geógrafos, sociólogos, que han despertado a la nación devolviéndole la conciencia, los que deben seguir en la brecha hasta culminar la obra, hasta llevar a su término el movimiento. En realidad, cultura y política no son acciones diferentes, no son parcelas en que los nacionalistas hayan dividido el trabajo, uno investigando por ejemplo el románico catalán, otro haciendo el Estado catalán. El Estado es la emanación suprema del espíritu nacional; es la culminación de la cultura de la nación: una profunda unidad funde así la actividad estrictamente intelectual con la acción política. «Avui no ens adonem prou encara, però temps a venir, los que facin la història del període en què som, veuran clar, claríssim, que fent art i fent història i fent ciència fèiem los catalans d'avui alguna cosa més, fèiem patria, treballàvem en la gestació de l'Estat Català»<sup>24</sup>. En el mo-

---

<sup>23</sup> Sobre la visión instrumental de la historia de Cataluña y de España llamó la atención Jordi Solé Tura, *Catalanismo y revolución burguesa*, Madrid, 1974, pág. 156.

<sup>24</sup> Prat de la Riba, «Lo fet de la nacionalitat catalana», pág. 416.

mento de engendrar un Estado, la escisión entre intelectuales y políticos, resultado de la profesionalización de la política que acompaña a la irrupción de la masa, carece de sentido; todos trabajan por la misma cosa, con el mismo fin: crear un Estado como emanación del alma de una Nación.

No interesa tanto, en este contexto, de qué Estado se trata como de aprovechar cualquier circunstancia para hacer Estado. De lo primero, Prat de la Riba es bien conocido por el pragmatismo de sus propuestas; un pragmatismo que tiene que ver, por una parte, con la exigencia de consolidar un ámbito institucional en el que puedan confluír diferentes corrientes, del regionalismo a la independencia, pasando por el federalismo o la autonomía, y, por otra, con la necesidad de no perder apoyos sociales para iniciativas estrictamente políticas. La exigencia de Estado se sitúa en esa precisa coyuntura por encima de la disparidad de proyectos de Estado. A Prat de la Riba y a sus amigos les importa sobre todo establecer el axioma de que una nacionalidad nunca podrá ser completa si no dispone de un Estado inspirado en su espíritu, que traduzca su carácter y que lleve al concierto de los pueblos la orientación especial de su política. Esto es lo que importa: que si una nacionalidad no tiene un Estado propio es una nacionalidad dominada, sujeta al Estado de otra nacionalidad. De ese principio, los partidarios de la secesión e independencia podrían derivar una política encaminada a crear un nuevo Estado que disolviera a toda prisa los vínculos con esa cosa muerta que era España, como escribió Maragall en su artículo no publicado. Pero Prat no saca esa consecuencia. Tal vez en otro tiempo, cuando a toda nacionalidad correspondía un Estado o vivía bajo la sujeción de un Estado ajeno, no había otra alternativa; pero ahora el progreso ha introducido el Estado federal: cada Estado vive con completa autonomía interna asociado a otros Estados que forman una federación de Estados o un Estado federal. Esa podría ser una fórmula y ese el contenido de una lucha: constituir un Estado catalán asociado a los demás Estados nacionales de la tierra ibérica. El resultado sería, a la postre, idéntico al que podría obtenerse tras una incierta y dura lucha por la independencia: dar a la nación catalana el Estado que le falta<sup>25</sup>.

¿Prat, entonces, federalista? No necesariamente. Esa es, desde luego, una dirección en la que podría orientarse la lucha, como también podría dirigirse a la independencia; pero la lucha misma, sus oportunidades, era por el momento más importante que la forma final. Lo interesante era actuar políticamente en la dirección

---

<sup>25</sup> Prat de la Riba, «La nacionalitat y l'Estat», *Les Quatre Barres*, 11 de agosto de 1897, OC, 1, 449-450.

de obtener aquella «completa autonomía interna» característica del Estado. Mientras el Estado no fuera una realidad, todo debería dirigirse hacia esa meta: el uso de la lengua, la exigencia de un derecho propio, la ocupación de todas las plazas de funcionario, la producción de literatura, teatro, poesía, el control de todas las entidades culturales, la extensión de sociedades recreativas catalanistas, todo, en fin, lo que afecta a la administración pública y a la vida social, cultural, debía catalanizarse. Era preciso nacionalizar Cataluña catalanizándola, lo que implicaba descastillanizarla: reducir el uso del castellano, prescindir de la lectura de periódicos de fuera, romper vínculos con Madrid, multiplicarlos con París.

Obtenido rápidamente el éxito en todo lo que se refería a la empresa de catalanización, devuelto el catalán a la posición de idioma público, logrado el propósito de convertir Barcelona en lo que Vicente Cacho ha llamado capital autónoma de cultura, quedaban por romper los vínculos políticos con Madrid. En el empeño, la crisis del 98, no tanto por lo que tuvo de crisis política sino por lo que arrastró de crisis de identidad nacional española, fue como un regalo caído del cielo. Todos los malos augurios sobre el porvenir de la nación española parecían a punto de cumplirse: España aparecía ya envuelta en el frío sudario y, si no rompía amarras con la muerte, Cataluña podía despeñarse por el mismo precipicio. El cumplimiento de esos malos augurios ratificaba la oportunidad y extremaba el tono de lo que hasta entonces venían diciendo los catalanistas: que el pensamiento catalán, previsor, positivo y realista no podía estar más lejos del castellano, culmen de la imprevisión, fantasioso y charlatanesco; que los castellanos eran un pueblo en el que el carácter semita, por la inoculación de sangre árabe y africana, se manifestaba en todas las expresiones de su ser, su pensar y su sentir; que una raza de esas características, con un pensamiento como ese, no podía redundar más que en un gobierno despilfarrador, en el que nadie podría encontrar más realidad que la apariencia, sin ningún interés público que lo guiara y cuyo ejército no es que se comporte sino que es un ejército de ocupación. En efecto, la explosiva mezcla de españolismo y antiseparatismo cubano de los primeros momentos de 1898 dejó paso a un «antiespañolismo beligerante y a una crítica inmisericorde de la incapacidad militar y diplomática del Estado español»<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> «La question catalane: l'Espagne et la Catalogne. Notice adressée a la presse europeenne par le Comite Nationaliste catalan de Paris», 1898, en Prat de la Riba, *OC*, 1, págs. 614-618. Observaciones sobre pensamiento y raza, Prat de la Riba, «La nacionalitat i l'Estat», págs. 449-550. Cita final, Josep Fradera, «El proyecto español de los catalanes: tres momentos y un epílogo», en Antonio Morales (coord.), *Nacionalismos e imagen de España*, Madrid, 2001, págs. 28-31

De todo lo cual no era difícil deducir que los castellanos carecían de posibilidad alguna de regeneración y que los catalanes debían actuar, como tales, unidos, en política, ya fuera porque ese era el único camino para echar a andar hacia la autonomía, ya porque si los catalanes no incidían en la política de Madrid, la regeneración de España sería imposible. Autonomía catalana era así equivalente, en estos años de fin de siglo, a regeneración de España. O lo que es igual: España no podría regenerarse si no reformaba su Estado de manera que las nacionalidades como la catalana conquistaran en él una posición, muy elásticamente definida, de autonomía. En este momento, cuando parecía que la nueva situación conservadora en Madrid dejaba un resquicio a la recepción de las aspiraciones catalanas, Prat de la Riba escribió una notas para el general Polavieja en las que aparecía la autonomía como un elemento de una constitución corporativa del Estado, con el sufragio reservado a los miembros de algún gremio municipal que elegirían para la administración del Municipio tres representantes como otros tantos grupos de profesionales, propietarios e industriales y comerciantes y con unas Cortes generales, formadas por representantes de las regiones designados por Dietas regionales, sin control alguno sobre un poder ejecutivo que estaría representado en las regiones por virreyes o gobernadores generales<sup>27</sup>.

La similitud de estas notas con el contenido del mensaje enviado por la Comisión Catalana a la reina regente, firmada por los presidentes de la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, Fomento del Trabajo Nacional, Instituto Agrario Catalán de San Isidro, Ateneo de Barcelona y Liga de Defensa Industrial y del Comercio, Bartolomé Robert, Juan Pallarés i Plà, Carlos de Camps, Lluís Domenech i Fontaner y Sebastián Torres, es muy elocuente. Los industriales y profesionales también pedían reformas sustanciales, también atribuían a vicios originarios de la raza, a la pobreza de su cultura y a su escasa afición al trabajo la enfermedad que desde tiempos remotos venía minando a nuestra patria, también consideraban al país sugestionado por la oratoria y a su administración caída en una inconcebible deficiencia y en punible abandono y también consideraban que el sistema parlamentario, para el que reservaban sin embargo el elogio de una hermosa concepción teórica, no funcionaba en España. Por tanto, el sistema parlamentario vigente debía ser sustituido por un sistema representativo por clases a la vez que se procedía a una am-

---

<sup>27</sup> Prat de la Riba, «Notes per el projecte enviat al general Polavieja», agosto de 1898, OC, 1, págs. 624-626.

plia descentralización administrativa regional. Por supuesto, como en Prat de la Riba, las medidas urgentes consistirían, primero, en elegir directa o indirectamente, por gremios, clases y corporaciones a los ayuntamientos, las diputaciones y el senado; segundo, dividir el territorio español en grandes regiones, de delimitación natural por su raza, idioma o historia, concediendo a cada una amplia descentralización administrativa y, tercero, reducir el poder central únicamente a las funciones que demandaba la actual e indestructible unidad política de España para mantener la conexión interna y las relaciones internacionales<sup>28</sup>.

De manera que a finales de 1898 estaban dados ya todos los supuestos que permiten entender lo que Borja de Riquer ha definido como irrupción del catalanismo en la política española<sup>29</sup>. Existe una institución que reúne en su seno a numerosas sociedades culturales y sociales de la vida catalana; existe un cuerpo de doctrina, lo que hoy llamamos un discurso, un relato, una «gran narración», elaborado por una generación de jóvenes intelectuales que ha sabido condensar y sintetizar en unos cuantos puntos sustanciales una visión de la historia, un diagnóstico del presente y un proyecto de futuro; existe un acuerdo básico, casi una identidad, entre esa doctrina sintética y las reivindicaciones de la burguesía industrial y mercantil expresada en memoriales de sus organizaciones más representativas; existe ya consolidada una práctica de ocupar presidencias y juntas directivas de entidades sociales y culturales; existe, en fin, la convicción de que todo lo español identificado como castellano debía ser erradicado de la nación catalana, especialmente el sistema político infectado de corrupción y caciquismo. Sólo quedaba que el gobierno Silvela/Polavieja entrara en barrena y que fuera preciso convocar elecciones generales para que esta mezcla única diera todos sus frutos.

La ocasión se presentó muy pronto, en las primeras elecciones generales del siglo xx. Quemada la última posibilidad de un conservadurismo dinástico catalán en las personas del general Polavieja y de Duran i Bas, la alternativa venía dada por aquella confluencia de pensamiento e intereses entre intelectuales y burgueses gestada en multitud de organizaciones a las que únicamente faltaba constituirse en partido con objeto de incorporarse desde fuera del sistema del turno a la política convencional, o sea, a la que exige acudir ante los electores para obtener su representación. Si se recuerda el pro-

---

<sup>28</sup> «Mensaje de la Comisión Catalana a la reina regente», *El Liberal*, 15 de noviembre de 1898.

<sup>29</sup> Borja de Riquer i Permanyer, «La irrupción del catalanismo en la política española», en S. Julià (coord.), *Debates en torno al 98: Estado, sociedad y política*, Madrid, 1998; también en *Escolta, Espanya*, Madrid, 2002.

yecto de Costa y se compara con lo que durante esos mismos años ocurre en Cataluña, saltará a la vista la diferencia sustancial. También Costa soñaba como un nuevo partido que representara los intereses de la nación, una Unión Nacional, integrado por las clases intelectuales y las clases industriales: la llamada a las clases intelectuales revistió todo el carácter de la urgencia requerida por el caso. Pero, dejando de lado que los intelectuales se mostraron reservados y finalmente no acudieron, la Unión preconizada por Costa no pasó nunca de ser un proyecto de regeneración desde arriba: una vez constituida, debía acudir ante la regente, ofrecerse, aceptar el encargo de formar gobierno y comenzar a gobernar por decreto. Costa, como en general los intelectuales del 98, no esperaba nada del pueblo, decaído, degenerado, sino que alguien le educase y le alimentase: una vez la cabeza llena y el estómago satisfecho sería hora de hablar de voto y de elecciones. En Cataluña, sin embargo, o más exactamente en Barcelona, las cosas se veían de otro modo. Ante todo, a los intelectuales no era preciso llamarlos, estaban allí, ocupando el centro de la escena pública, haciendo patria no sólo por la palabra, sino con la obra: llenando de contenido organizaciones culturales, investigando el pasado, construyendo edificios, todo lo cual mostraba la buena salud por la que atrevesaba el espíritu nacional. Además, esos intelectuales, que eran abogados, médicos, arquitectos, profesores, habían establecido fuertes vínculos con empresarios de la industria y del comercio: la confluencia de intereses estaba ya garantizada. En tercer lugar, esos intelectuales podían presumir de una continuidad de esfuerzos en el tiempo, de una progresión cuyo sentido se volvía más claro a medida que avanzaban: ellos eran los mismos, guiados por el mismo empeño, que habían constituido la Unió Catalanista, que habían formulado los Acuerdos de Manresa y de la Asamblea de Reus; sin duda, entonces no decían lo que ahora, pero tampoco lo contrario, de manera que podían afirmar que no habían cambiado de doctrina, que no habían oscilado entre un regionalismo insuficiente y un separatismo emboscado. Cataluña no era separatista, pero tampoco españolista; ella quería ser ella misma y nada más, con España si los gobernantes se avenían a su deseo de ser, sin España si se empeñaban en agarrotarla. Ellos lo tuvieron claro desde el principio: partiendo del hecho básico de la nacionalidad catalana, como individualidad social plena y perfecta, con derecho a darse un Estado sin que de esa reivindicación se hubiera derivado nunca el proyecto de destruir el Estado español, todo dependería de lo que la misma España, o sea el gobierno de Madrid, hiciera<sup>30</sup>. En fin, estos intelectuales, aun-

---

<sup>30</sup> Prat de la Riba, «Catalunya lliure» y «A don Joan Permanyer», *La Veu de Catalunya*, 14 de mayo y 8 de junio de 1899, OC, vol. 2, págs. 281-282 y 287-288.

que tan antiparlamentarios o tan antisistema como los españoles, no lo eran por una desconfianza radical en el pueblo catalán, al que consideraban depositario de todas las virtudes con tal de que alguien se pusiera a rascar la costra castellana hasta que se agrietara y saltara, porque si así se hiciera, y mucho se había andando ya en esa dirección, saldría «intacta, inmaculada la piedra indestructible de la raza»<sup>31</sup>.

Hoy conocemos perfectamente la lista de elementos simbólicos y materiales que debe presentar una nación digna de este nombre, ha escrito Anne-Marie Thiesse en un excelente estudio sobre creación de identidades nacionales: una serie de héroes que sean paradigma de virtudes nacionales, una lengua, monumentos culturales, un folklore, altos lugares y un paisaje típico —una flor, añadiría Maragall—; una mentalidad particular, representaciones oficiales —himno, bandera— identificaciones pintorescas —vestido, especialidades culinarias, animal emblemático. Lo que Thiesse llama sistema IKEA de construcción de identidades nacionales, que permite montajes diferentes a partir de las mismas categorías elementales, pertenece al dominio público mundial. La nación nace de un postulado y de una invención, pero no vive más que por la adhesión colectiva a esa ficción. Ahí radica precisamente el problema, puesto que las tentativas abortadas son legión. Para alcanzar el éxito es preciso un proselitismo sostenido que enseña a los individuos lo que son, les señala como deben conformarse a ello y les incita a propagar a su vez este saber colectivo. El sentimiento nacional no es espontáneo más que cuando ya ha sido perfectamente interiorizado; antes hace falta haberlo enseñado<sup>32</sup>. Los intelectuales catalanistas eran plenamente conscientes de la necesidad de esa pedagogía y habían observado lo ocurrido en otras naciones que, con la invasión napoleónica, con el romanticismo o con la lucha por el Estado propio, habían despertado de seculares letargos durante el siglo XIX. Pero supieron también que la pedagogía no era suficiente si carecía de soporte institucional; que era preciso culminar la conquista de la hegemonía cultural con la ocupación de todas las parcelas posibles de poder político.

Y en este punto la presencia de Francesc Cambó, que lo reunía todo en su persona, distinción intelectual y capacidad política, fue decisiva. En agosto de 1899 se constituye el Centre Nacional Català en el que confluyen los elementos catalanistas del Ateneo con los separados de la Unió Catalanista. Cambò es vocal de una

<sup>31</sup> Marfany, que cita una imagen pratiniana, *La cultura*, pág. 201.

<sup>32</sup> Todo esto es de Anne-Marie Thiesse, *La création des identités nationales. Europe XVIII-XX siècles*, Paris, 2000, págs. 14-15.

junta directiva que preside Narcís Verdaguer. El gobierno de Silvela no accede a las dos exigencias mínimas de los polaviejistas catalanes: Diputación única para toda Cataluña y concierto económico. El catalanismo conservador dinástico se queda sin programa, sin contenido y sin dirigentes. Duran i Bas no aguanta en el gobierno y Polavieja no significa nada. Entonces, los gremios inician la movilización, se convoca el «tancament de caixes». El doctor Robert, que había sido nombrado alcalde de Barcelona, y Duran i Bas dimiten, camino que ha emprendido también Polavieja al negarle Fernández Villaverde los créditos solicitados. El gobierno, que no tenía por qué ser más hábil con los catalanes que lo habían sido sus predecesores con los cubanos, encarcela a industriales y comerciantes. La movilización crece, el obispo de Vic decreta la predicación en catalán. Todo bulle en Cataluña, conscientes sus distintas elites de hallarse en vísperas de cambios sustanciales en la vida política<sup>33</sup>.

En esta coyuntura de pesimismo respecto a las posibilidades de pervivencia del sistema político de la Restauración, de retórica de la muerte de España, los industriales catalanes aceptaron, como ha escrito Enric Ucelay da Cal, la propuesta del «grupo de ambiciosos y jóvenes abogados surgidos del ambiente florido del catalanismo ochocentista». Estos jóvenes —Prat, Ventosa, Duran, Cambó— abandonaron la apolítica y suprapartidista Unió Catalanista y se propusieron «hacer política». El desamparo de los industriales, dice Ucelay, fue así la oportunidad dorada para los profesionales jóvenes, aun sin clientela política, partidarios de intervenir en el juego político partiendo de una sólida plataforma<sup>34</sup>. En esta situación, la convocatoria a elecciones generales de abril de 1901 se presentó como la gran oportunidad de formar una candidatura exclusivamente catalana, lo cual quería decir, por una parte, al margen de los partidos dinásticos, de las redes del caciquismo tradicional y, por otra, integrada por personalidades de la vida catalana. Nada mejor que continuar, ampliando el ámbito de su acción a la lucha electoral, las iniciativas de las que ya habían sido portadores personalidades relevantes de la vida económica y social. Rusiñol, presidente de Fomento del Trabajo Nacional; Domenech i Montaner, presidente del Ateneo; Robert, recién dimitido alcalde de Barcelona y presidente de la Sociedad de Amigos del País y Estanislao Torres, presidente de la Liga de Defensa Industrial y Comercial pasaron a integrar una candidatura conjunta.

---

<sup>33</sup> Hay un vivo relato de este momento en Francesc Cambò, *Memorias (1876-1936)*, Madrid, 1987, págs. 61-63.

<sup>34</sup> Enric Ucelay da Cal, *La Catalunya populista*, Barcelona, 1982, págs. 26-27.

¿Es esta una candidatura ciudadana contra los partidos dinásticos; es una muestra del profundo sentido antipolítico de la movilización contra el Estado que habría caracterizado a los jóvenes nacionalistas; o tal vez un subterfugio, una ocultación, motivada por la difusión del prejuicio antiparlamentario, de lo que verdaderamente se tramaba que era la creación de un nuevo partido político, la Lliga Regionalista?<sup>35</sup> Tal vez podría verse algo de todo esto en la candidatura de los cuatro presidentes, pero quizá pudiera entenderse también como resultado de la dirección corporativista en la que el proyecto catalanista se había formulado durante los años anteriores. Al cabo, tanto Prat de la Riba, que estará con Cambó en el origen del nuevo partido, como la Comisión Catalana que se había dirigido a la reina y cuyos dirigentes eran los mismos que ahora formaban la candidatura a diputados, eran corporativistas convencidos, no simplemente afectados por un prejuicio antiparlamentario, sino gente que pensaba que el mejor gobierno posible era el que representara a los gremios y profesiones. No es por tanto, una candidatura antipolítica ni denota una primacía de la sociedad civil frente al Estado en el sentido que esos conceptos alcanzaron en la sociedad liberal. Es una opción preliberal o prepolítica, si por política se entiende la propia del liberalismo, la que entraña la separación de lo privado y lo público, la sociedad civil del Estado, la economía de la política, las clases sociales del gobierno del Estado.

Otra cosa es que una vez incorporados al juego político parlamentario, y con el inapelable éxito que acompañó esta irrupción del catalanismo en la política española, la transición del corporativismo al liberalismo fuera no ya fácil sino obligada. Lo mismo ocurrió también con el movimiento obrero cuando, una vez aceptado el principio de que al socialismo podría llegarse por la vía parlamentaria, la presentación de candidatos a elecciones generales les condujo a valorar de otro modo la democracia: allí donde más éxito tuvieron los partidos socialdemócratas, allí fue también donde más potencia alcanzaron las corrientes revisionistas. Con todas las cautelas y distancias exigidas, en este movimiento nacionalista pasó algo semejante: la unidad de propósito, la vecindad de organización y la identidad de proyecto y de metas entre intelectuales, profesionales, empresarios, burgueses, sólo podía manifestarse políticamente en una fórmula corporativa. Así se planteó en 1901: cuatro dirigentes de entidades relacionadas con la empresa y la cultura, que no pertenecían a ningún partido político, candidatos al Congreso de los Diputados. Una vez conse-

---

<sup>35</sup> Lo primero, Borja de Riquer, «La irrupción»; lo segundo, Josep M. Fradera, «El proyecto», págs. 28-31; lo tercero, Vicente Cacho, *El nacionalismo*, pág. 34.

guida la representación era evidente que la Lliga Regionalista no podía ser ya una mera continuación de la Unió Catalanista o del Centre Nacional Català. Era un partido, que acudía al combate electoral, que debía extender estructuras de apoyo, abrir locales, publicar un periódico, identificar sus metas, nombrar candidatos, aspirar al poder. Como tal, debía incorporar progresivamente las exigencias propias de la política liberal, a la que fueron conducidos no por patriotismo, como escribió Vicente Cacho para explicar su transición del corporativismo a la democracia, sino por la misma naturaleza de las cosas, por las exigencias del sistema democrático.

A las elecciones generales de 1901 siguieron las municipales de 1902, con un Francesc Cambó jovencísimo, famoso ya por su actuación eficaz y espectacular, ayudado por Carner, Sunyol, Puig i Cadafalch, Domenech i Muntaner. Lo recuerda Josep M. Sagarra cuando evoca la visita, tres años después, de Enric Prat de la Riba, Raimon d'Abadal y mosén Antoni Maria Alcover a su casa para ofrecer a su padre la candidatura a un puesto de concejal en el Ayuntamiento, al que entró con una colección de jóvenes que enseguida comenzaron a ser importantes figuras en la política: Duran i Ventosa, Ventosa i Calvell, Rahola i Molines, Fuster i Domingo, Rovira i Burguera<sup>36</sup>. En diez años se había conseguido todo, en el terreno cultural, desde luego, pero también en el terreno político: desbancar a los partidos dinásticos con candidaturas catalanistas, ocupar el Ayuntamiento, garantizar la presencia de varias generaciones.

Al extender su presencia, presentar candidatos, intervenir en competiciones electorales, la unión primigenia, catalanista, servida en la retórica común de la nación por fin despierta que busca su Estado, no podía durar más allá del tiempo requerido para la afirmación de la Lliga como tal partido. Ni la relación entre intelectuales y políticos podía ser la misma, ni unos ni otros podían aspirar a representar en una sola opción política la diversidad de intereses y posiciones de clase. De manera que lo que comenzó siendo un desafío al sistema de partidos de la Restauración como candidatura de presidentes de asociaciones varias, acabó evolucionando hasta configurar un sistema propio de partidos. No fue posible en el futuro mantener la ambigüedad sobre cuestiones relacionadas con el Estado, si monarquía o república, o con el vínculo entre Cataluña y España, si autonomía o independencia; tampoco sobre cuestiones relacionadas con la práctica política, si limitada exclusivamente a Cataluña o centrada en Cataluña con la

---

<sup>36</sup> Josep M. Sagarra, *Memorias*, Barcelona, 1998, págs. 348-349.

finalidad de influir en la política española por medio de una presencia activa en el Parlamento y, por qué no, en el gobierno de España; tampoco, en fin, sobre cuestiones relativas a la vida social, las aspiraciones obreras, la lucha de clases, el socialismo y el anarquismo.

Pero eso, de momento, no se planteaba, aunque por motivos más bien coyunturales que demoraron por unos años la inevitable diversificación de caminos. El vigor sintético de la retórica prattiana tuvo tanta fuerza, la política de los partidos dinásticos respecto a las reivindicaciones catalanas fue tan sorda, la algarada de los militares asaltando *La Veu de Catalunya* y *Cu-Cut* fue tan provocadora, la cesión del poder civil ante los militares levantiscos fue tan vergonzosa, que todavía durante unos años la solidaridad de los catalanes pudo prevalecer sobre las diferencias de partido: Cataluña agredida exigía una respuesta unitaria, excelente ocasión para que un grupo de intelectuales pudiera erigirse en representantes y portavoces político de una totalidad, de la nación, situados por encima de intereses de partido. En 1906, un año antes de la creación de Solidaritat Catalana, Prat de la Riba podía mirar hacia atrás como quien se sitúa en la culminación de un largo y fecundo proceso. La codificación doctrinal que significa *La nacionalitat catalana* podría entenderse como un homenaje a aquellos catalanes que, como hilo de agua al iniciarse el deshielo, murmuraban palabras extrañas: los románticos. Romántico también en este momento el mismo Prat de la Riba, «un hombre bajo, más bien lleno y carirrojo, con un bigotito vulgar y un no sé qué de rural en la manera de vestir y en su actitud», como lo recordaba Sagarra. Nada hay más romántico que contemplar cómo, bajo las costras heladas por el invierno, los viejos troncos de los árboles sienten todos los años un escalofrío: el sol prolonga los días y templó el aire. Para los pueblos, escribe Prat, el invierno no es la muerte sino gestación de nueva vida. Así, Cataluña, sumida en un largo invierno desde principios del siglo XVIII. Pero un plantel de almas escogidas conservó siempre el recuerdo del pasado. En el corazón mismo del invierno comenzó la vida nueva: el espíritu catalán esperó oculto en las clases rurales a que volviese a germinar, a crecer, a florecer. De los cantos, pergaminos, infolios, colecciones, iba surgiendo la afirmación del ser de Cataluña. Su obra fue fecunda: había que saber que eran catalanes y nada más que catalanes, acabar con aquella monstruosa bifurcación iniciada tres siglos antes. Luego hubo que pasar a una segunda fase, que no fue producto del amor sino del odio: rebajaron y menospreciaron todo lo castellano, a tuertas y a derechas, sin medida. Y ahora, cuando ya el triunfo les había sonreído, se complacía en bajar la cabeza ante los videntes, los poetas, los escudriñadores de archivos e investigadores de ruinas que les dieron a ellos, sociólogos y

políticos, lo único que verdaderamente necesitaban: el alma de Cataluña. A partir de ese momento, Cataluña libre podía ser cualquier cosa, uniformista, centralizadora, democrática, absolutista, católica, librepensadora, unitaria, federal, individualista, estatista, autonomista, imperialista, sin dejar de ser Cataluña. No era cuestión de buen gobierno ni de administración, de libertad ni de igualdad, de progreso ni tradición: era cuestión de Patria<sup>37</sup>.

Culminación pero también carácter premonitorio de este escrito. En efecto, recuperada el alma de Cataluña, o sea, una vez la nación despierta, los caminos volverían a dividirse: ni siquiera la comunión en los mismos mitos nacionalistas puede transformar en duradera la unión de un demócrata con un absolutista, un librepensador con un católico, un centralista con un autonomista. Ciertamente, la agresión militar y la claudicación del poder civil puso en marcha una movilización procedente de todos los ángulos del mapa político que fue confluyendo hasta la elección de un comité ejecutivo que pondría en pie una especie de coalición electoral, Solidaritat Catalana. En aquel comité se sentaban Josep M. Roca i Roca, republicano; Miquel Junyent, tradicionalista; Domènec Martí i Julià y Amadeu Hurtado, catalanistas independientes; Francesc Cambó, de la Lliga Regionalista. Su éxito fue tan contundente como efímero, si es que su disolución a plazo no estaba ya inscrita en la misma naturaleza de la nueva entidad. En todo caso, ser catalanista comenzó a no decirlo todo si no se añadía a renglón seguido un apellido. Unos tomarían el camino de la república mientras otros siguieron en el solar de la monarquía; unos, ante la visión del edificio de la nacionalidad catalana, despierta sí, pero en la que todo quedaba por hacer, proclamarán como consigna: «Endintre!», a seguir la obra de catalanizar Cataluña; otros, bajo el señuelo de un equívoco imperialismo, insistirán en salir afuera: «Per Catalunya y la Espanya gran»<sup>38</sup>.

Los caminos del nacionalismo se diversificarán dando lugar a la formación de nuevos partidos en los que la presencia de intelectuales fue decisiva, como Acció Catalana, una escisión de la Lliga lanzada en 1922 en la que, junto a Antoni Rovira i Virgili y Josep Pi i Sunyer, tomarían parte los mismos jóvenes que a principios de los años diez se reunían en el Ateneu de Barcelona: Ferran Valls, Jaume Bofill, Ramon d'Abadal, Martí Esteve y «el más joven, el más vital, el más escandaloso de todos, Pere Bosch Gim-

---

<sup>37</sup> Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*, [1906], trad. de Antonio Royo Villanova, intr. de Javier Tusell, Madrid, 1998, págs. 33-58.

<sup>38</sup> Antoni Rovira i Virgili, *La nacionalització de Catalunya y Debats sobre'l catalanisme* [1914], Barcelona, 1979, pág. 22; lo segundo es título de un libro de Enric Prat de la Riba, 1916.

pera»<sup>39</sup>. Pero esas escisiones no ponen en duda lo fundamental: cuando Rovira i Virgili se enfrenta también a la cuestión de la nacionalidad catalana, nada en absoluto le aleja de las convicciones básicas de sus mayores. También él percibe por debajo de los grandes movimientos sociales y políticos «una fuerza oscura y formidable», la fuerza de la tierra, o de la raza, o de las necesidades económicas, o de los ideales humanos. Esa fuerza concentra en ella las inmensas energías de la vida y actúa en un sentido determinado, ineludiblemente, irresistiblemente. En pocos movimientos como en el nacionalismo, sigue Rovira, es tan visible e impetuosa la acción de esta fuerza. Por una tendencia biológica, los pueblos trabajan para conservar y desplegar sus características nacionales, su personalidad, y cuando un agente exterior lesiona esas características y mengua la originalidad y vitalidad de la nación, «la fuerza madre, encogiéndose, se refugia silenciosamente en los terruños del campo, en las grietas de los viejos monumentos, entre las hojas de los libros antiguos, en el sonido fugitivo de las últimas palabras de la lengua que se pierde». Vienen entonces las tristes centurias de muerte aparente. Pero tan pronto como las circunstancias se vuelven favorables, «despierta la fuerza dormida». Cuando escribe estas cosas tan románticas, en 1914, Rovira, doce años más joven que Prat, y en ruptura con lo que piensa talante acomodaticio de sus mayores, no quiere conformarse con lo ya conseguido: no hay que llamarse a engaño, dice, pues esta fuerza que, dormida, ya se ha despertado no basta por sí sola. «Las fuerzas naturales han de ser desoxidadas, canalizadas, aprovechadas por la voluntad y la inteligencia del hombre. Nada más peligroso para la causa del nacionalismo catalán que la confianza absoluta en la fuerza natural. Es cierto que para su conservación trabaja un conjunto circunstancias felices: étnicas, geográficas, lingüísticas, económicas; pero la voluntad es escasa. Organizar esa corriente para aprovechar esa gran fuerza nacionalizadora es la gran tarea de los patriotas»<sup>40</sup>.

No es posible seguir aquí a esta nueva hornada de patriotas: su tarea no consistió en despertar a la nación dormida; estaba ya bien despierta Cataluña cuando sentaron sus reales en el Ateneu de Barcelona. Lo crucial estaba ya conseguido y codificado en 1906, cuando la generación de Prat de la Riba había rematado la creación de un mundo simbólico, disponía de periódicos y revistas, controlaba entidades culturales privadas y públicas, convocaba

---

<sup>39</sup> Sagarra evoca al grupo en *Memorias*, págs. 542-545. Sus nombres, con los procedentes del republicanismo: Montserrat Baras, *Acció Catalana, 1922-1936*, Barcelona, 1984, págs. 12-13.

<sup>40</sup> Rovira i Virgili, *La nacionalització de Catalunya*, págs. 7-10.

congresos y celebraba conferencias, dirigía ayuntamientos y Diputaciones, acaparaba la representación parlamentaria, presidirá en breve la Mancomunitat. No se conocía en España un grupo de intelectuales que, actuando colectivamente, hubiera resultado tan exitoso como ellos: despertaron una nación y, en lugar de irse a dormir o a vacar, la dotaron de instituciones que tuvieron buen cuidado de controlar. Pero, atención, dicen los nuevos, los coéтанos de aquellos otros nuevos españoles a quienes se dirige por aquel entonces Ortega para animarlos a desbancar la vieja política, no hay que dormirse en los laureles. La Mancomunitat constituye un hito en la vía ascensional del catalanismo, pero «no nos convida al reposo». La reconquista del solar de las antiguas Cortes convida a redoblar el esfuerzo. Lo hasta ese momento conseguido debía entenderse como «la primera conquista obtenida por el renacimiento nacionalista en el terreno de la organización del Estado». A esa primera conquista tenían que seguir otras: los solares donde se administra justicia según unas leyes y en un lengua que no eran las suyas; las oficinas, dependencias y delegaciones del poder central, que representan la sumisión política y administrativa de Cataluña; la escuela donde se enseñaba a sus hijos en una lengua impuesta. El derecho... la correspondencia oficial y familiar, los libros, la prensa. Había que reconquistar, en fin, las manifestaciones de arte y de la ciencia que no estaban nacionalizadas o lo estaban imperfectamente. Al intelectual que ha despertado a la nación le sigue el que se propone como objetivo nacionalizarla: ¡quedaba tanta tarea por hacer, tantas cosas imprescindibles por conquistar!<sup>41</sup>.

## RESUMEN

A finales del siglo XIX se elaboró, especialmente en Barcelona, un discurso sobre Cataluña como patria única de los catalanes que tuvo en un grupo de jóvenes intelectuales sus más dedicados propagandistas. El encuentro con políticos, industriales, sacerdotes, juristas, en empresas colectivas introdujo en esta manera de ser intelectual un elemento ausente por completo entre sus contemporáneos del 98. Estos no son meros literatos, o arquitectos, o médicos, que puedan estar preocupados como cada cual por los males de su patria. Se trata, por el contrario, de una gente cuya preocupación por la patria se traduce en acción profesional o co-

---

<sup>41</sup> Rovira i Virgili, «La primera realització», 6 de abril de 1914, en *Debats sobre'l catalanisme*, págs. 271-274.

lectiva desarrollada desde instituciones culturales creadas al efecto. Lo que escriben si son literatos, las casas o palacios que construyen, o las iglesias y monasterios que reforman, si son arquitectos, los pleitos que defienden si son abogados, están relacionados con lo que pretenden hacer en orden a la recuperación de la nación catalana desde las instituciones que administran y dirigen. No son meros ideólogos, tampoco se limitan a una acción de protesta; buscan formas de movilización, despertar a una nación que juzgan dormida de modo que se ponga en movimiento. Sus retóricas son incomprensibles si sólo se ve en ellas una evolución de ideas casi predestinadas a culminar en una síntesis final; aunque se presenten como culminación de un renacer de la nación, son en realidad los artífices de una nueva identidad nacional.

Santos Juliá es catedrático del Departamento de Historia Social y de Pensamiento Político de la UNED. Entre sus últimos libros: *Los socialistas en la política española, 1979-1982*, Madrid, Taurus, 1997; y *Un siglo de España. Política y Sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999.